

del gran mundo se adornan de ligeros trajes y de hechizos más ó ménos desnudos, y gracias al prestigio, los usureros y los prestamistas aumentan su capital, y los escribanos despachan ejecuciones y embargos preventivos.

Lo mismo el que viste levita ó uniforme bordado de oro, que el que cubre su cuerpo con chaqueta más ó ménos larga; lo mismo la que pisa alfombras que la que corta vestidos ó vende carne ó vino de Valdepeñas; el que envuelto en ostentosa librea guía un tronco de yeguas desde el pescante; el que dirige los destinos de un pueblo, el banquero y el revendedor de billetes, todos, con arreglo á su clase, jamás se olvidan del prestigio, que es el norte de su conducta.

Ser hombre de prestigio; tener prestigio como literato, como político, como artista, como médico; conservar el prestigio, rodearse de prestigio, ejercer un cargo con todo el prestigio necesario.... ¡Oh! sin prestigio, ningun hombre puede presentarse en público ni dedicarse á la vida pública; ni hay situacion ni gobierno ni empleo posible si le desnudan del prestigio.

La palabra prestigio sale de todos los labios continuamente; aparece en los artículos de periódico, en los documentos oficiales, en las cartas particulares; abunda más que las moscas en verano y se mete por todas partes como el polvo, sin que le abran la puerta.

Y con usarse tanto la palabra prestigio, con ser tan indispensable para la vida contemporánea lo que por ella se denota, apenas encontraréis nadie que os sepa definir lo que se entiende por prestigio. El prestigio es una de esas ideas que cada cual cree comprender, pero nadie sabe explicar ni estima tampoco necesario hacerlo, pues está seguro de que todos lo entienden.

Pero á nosotros no nos basta eso. Yo me he propuesto explicarlos lo que es prestigio, y necesito hacerlo á toda costa. En asuntos filológicos nadie más competente que la Academia Española: su diccionario nos dirá, sin duda alguna, lo que significa la palabra prestigio.

Hojeando, pues, aquel voluminoso libro, encuentro lo siguiente: — «Prestigio. s. m. — El engaño, ilusion ó aparato con que los prestigiadores emboban y embaucan al pueblo.» Esta definición produce en mi ánimo otra duda: ¿qué son prestigiadores? y me contesta el diccionario: «El embaucador, que hace juegos de manos y otras cosas con que engaña á la gente sencilla.»

¡Ay lector mio! ¿qué cosas tiene la Academia! ¿Con que el prestigio, ese rey del mundo, ese ídolo de la sociedad contemporánea, no es ni más ni ménos que «el engaño, ilusion ó aparato con que emboban al pueblo los embaucadores que hacen juegos de manos y otras cosas con que engañan á la gente sencilla?»

De suerte que todos esos que se rodean de prestigio, que sólo anhelan al prestigio, y que viven por el prestigio, no son más que pura y simplemente prestigiadores, ó, segun la Academia, embaucadores que engañan á la gente sencilla?

Ahora recuerdo que con el nombre de prestidigitadores

suelen presentarse al público los que, rodeados tambien de engaño, de aparato y de ilusion, hacen juegos maravillosos y emboban á la gente, y como la palabra prestidigitador no está en el diccionario, no puedo ménos de preguntarme si la habrémos alargado para disfrazarla. En este caso, preciso es convenir en que prestigiador y prestidigitador son una cosa misma, y en que el prestigio no es ni más ni ménos que la coleccion de cubiletes, cajas de doble fondo y varillas mágicas con que se ganan la vida los prestigiadores.

De esta manera ya empiezo á explicarme porque, segun dije ántes, la idea del prestigio la comprendemos todos, y ninguno se atreve á preguntar en qué consiste, ni á definirla y explanarla. Si Herman, si Macallister, si todos los grandes prestigiadores ó prestidigitadores hubiesen mostrado al público el revés de sus aparatos, ¿qué hubiera sido de su prestigio? Además, en una sociedad compuesta

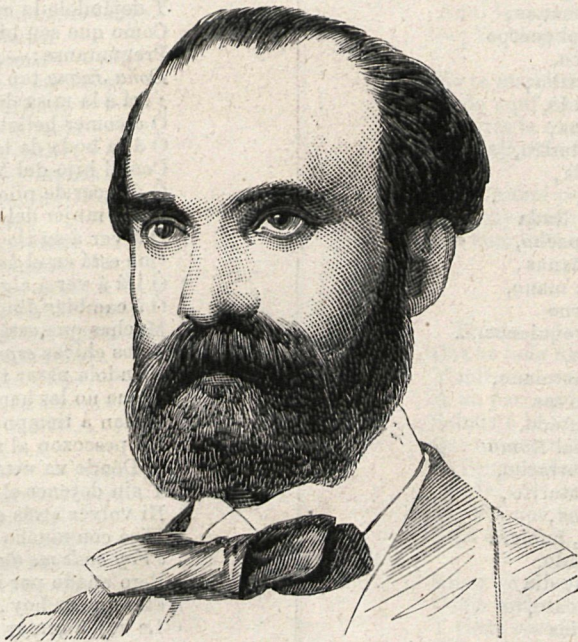
de prestigiadores, cada uno sabe perfectamente que en lo que hacen sus compañeros hay ilusion, hay engaño, pero no se atreve á preguntar en qué consiste, porque ellos á su vez no quieren saber el secreto del prestigio con que vive. Haciendo hoy el papel de hombre sencillo, que es casi el de compadre, se puede hacer mañana el de embaucador, ó sea el de hombre de prestigio con mayor número de ayudantes y de admiradores.

En este turno legal sostienen los prestigiadores que se funda la felicidad de los pueblos: hoy medran éstos con el prestigio de la deslumbradora palabrería de circulares y entre el juego de reformas, que, bien consideradas no son más que cajas de doble fondo en que se guarda un pelele para que salga de improviso un magante; mañana harán sus juegos y disfrutarán de prestigio por medio de largos discursos, de cubiletes de papel impreso y de

disparos de armas de fuego algunas veces, cuyos proyectiles nunca alcanzan á los prestigiadores, sino sólo á los bobos que de buena fe se prestan á subir á la escena.

Poderoso, enaltecido, colmado siempre de premios y de honores; viviendo en medio de las riquezas, de la felicidad y del gran mundo, ostentando su varilla mágica, que ora tiene la forma de una espada ó de un baston de mando; ora es elegante junco ó femenil jugueton abanico; ora imita el lápiz del artista ó la pluma del poeta, habeis conocido en el mundo eso que se llama prestigio, fuente inagotable de estimacion y de riquezas. No os desanime la definicion de la Academia Española: el mundo es un teatro donde se representan obras de gran espectáculo, y esa definicion es el agujero hecho en una pared del escenario. No mireis por él; asistid á la funcion en butaca para mayor prestigio vuestro, y pensad que aunque consista en aparatos ingeniosos y en ligereza de manos y de lengua, no hay en él magia alguna ni engaño para nadie.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



D. JOSÉ DE MONASTERIO Y CORREA,  
Director de la Escuela de Ingenieros de minas, asesinado en Almadén  
el 5 de Julio de 1874.



## CUADRO POPULAR.

## LA SEÑÁ JUANA.

Con su pañuelo de espuma  
 Lleno de flores y pájaros,  
 Con su mantilla de tira,  
 Con su vestido de ramos,  
 Con su peineta de concha,  
 Con su zapatito bajo,  
 Con sus pendientes de piedras  
 Para deslumbrar al barrio,  
 Con su collar de corales  
 Y su abanico en la mano  
 Envuelto en el pañuelito,  
 Porque no quiere mancharlo,  
 Y tiene la *penitencia*  
 De que le sudan las manos,  
 Moviendo á compás el cuerpo  
 Con aquel aire de taco,  
 Viene por la calle arriba,  
 La gota gorda sudando,  
 La famosa *señá Juana*,  
 Tan conocida en el Rastro,  
 Hija del señor Canela,  
 Cortador acreditado,  
 Que en la calle de la Ruda  
 Tiene abierto su despacho,  
 Donde todas las mañanas,  
 Con la cuchilla en la mano,  
 Se le ve cortar la carne  
 Y el hueso á los parroquianos.....  
 Sobrina del tío Romo,  
 Que de su padre es hermano,  
 Y harto siente que lo sea  
 Y que no haya reventado,  
 Porque ha salido el tal Romo  
 Un holgazán y un borracho,  
 Que en vez de ser matarife,  
 Que lo sería hace años,  
 Si como su hermano, hubiera  
 Sido mozo aprovechado,  
 Y en el Matadero hoy día  
 Tendría, pongo por caso,  
 Sus dos pesetas diarias  
 Con honor y bien mirado,  
 Y no que por su flojera,  
 Por no darse malos ratos,  
 A esquilador se ha metido  
 Y apenas tiene trabajo,  
 Porque esquila á trasquilones  
 Y le conocen los machos,  
 Y cada coz que le sueltan  
 Le hace bailar el *pelado*;  
 Y así está con tantas coces  
 Manco, tuerto, cojo y chato,  
 Y mujer de Pepe Lila,  
 Que es un tratante en caballos,  
 Y fué picador de toros  
 En Madrid, y muy nombrado,  
 Pero salió un bicho un día  
 Que le dió al hombre algún asco,  
 Y la gente del tendido  
 Empezó á llamarle *blanco*,  
 Tumbón, cobardon, gallina,  
 Ladron, animal y bárbaro,  
 Que ejemplo de su cultura  
 Da así el pueblo soberano;  
 Y al oír tales piropos,  
 El hombre se quemó, es claro,  
 Y soltó un voto redondo,  
 Dió un espolazo al caballo,

Salió al medio de la plaza  
 Echándose las de guapo,  
 Y acometiéndole el toro,  
 Cayó un tremendo porrazo,  
 Y el toro le buscó el bulto,  
 Le enristró por el sobaco,  
 Y le arrastró por la arena  
 Y le arrojó por lo alto,  
 Y si no le dejó muerto  
 Fué un verdadero milagro;  
 Pero así logró del público  
 Los lisonjeros aplausos,  
 Y para picar más toros  
 Quedó ya inutilizado.  
 Como todos la conocen,  
 Que es nacida en aquel barrio,  
 La saludan cuando pasa,  
 Y al par que admiran su garbo,  
 Y dejándole la acera,  
 Como que son bien criados,  
 Pregúntanse: — ¿ Adónde irá  
*Doña Juana tan temprano?*  
 ¿ Irá á la misa de tropa,  
 Ó á comer bellota al Pardo,  
 Ó á la boda de la Rita  
 Con el hijo del Mellado.....  
 Ó á sacar de pila al hijo  
 De la mujer del Gazapo,  
 Ó á ver á su tío el Romo  
 Que está en el *hospital* malo,  
 Ó irá á ver á algún *ministro*,  
 Ó á cambiar dinero al Banco?.....  
 Muchas que están á las puertas,  
 A los chicos *espulgando*,  
 Viéndola pasar tan seria]  
 Y que no les hace caso,  
 Gritan á tiempo que largan  
 Un pescozon al muchacho:  
 « ¿ Dónde va usted, señá Juana?.....»  
 Y sin detener el paso  
 Ni volver atrás el rostro,  
 Dice con mucho descaro:  
 « *Voy onde me da la gana*»;  
 Pero añade por lo bajo:  
 « Lo que es hoy, como le coja,  
 Le voy á armar un escándalo.»

## II.

La calle de Cabestreros  
 Es calle que tiene fama,  
 Que allí tienen su vivienda  
 Mozos y mozas de chapa;  
 Ellos muy largos de manos,  
 Y ellas de lengua muy largas,  
 Y allí sin alguna riña  
 No hay un día en la semana,  
 Y ellas se arrancan los moños,  
 Y se azotan y se arañan,  
 Y ellos con los *alfileres*  
 Que ocultan bajo la faja,  
 Se dan dos ó tres razones,  
 Iguales á puñaladas.....  
 Y el hospital y la cárcel  
 Conocen como su casa.  
 En esta calle famosa  
 Se detiene doña Juana,  
 En la puerta de una tienda  
 Que está de verde pintada,  
 Con una muestra que dice:  
*Zerveca, Bino de Harganda*,  
 Y entrando hasta el mostrador,  
 Con firme y segura planta,



Exclama: — ¡Acá estamos todos!  
 Y la vieja que despacha,  
 Que se halla en aquel momento  
 Muy gravemente ocupada  
 En morder una peseta  
 Que le parece que es falsa,  
 La cabeza levantando,  
 Dice: — ¡Pos si es doña Juana!  
*Asiéntese* usted, señora.  
 ¿Adónde va usted tan maja?.....  
 — A verla á usted *doña* Petra,  
 Y á decirle dos palabras.  
 — Pos pase usted dal *estrao*,  
 Si es que es cosa reservada.....  
 — No, señora, en todas partes  
 Me presento con mi cara,  
 Y testigos ni *testigas*  
 A mí no me importan nada,  
 ¿Está usted?..... Y cuando tengo  
 Un sentir, en confianza  
 Se lo digo á la *presona*  
 Que me ha faltado ó me falta,  
 Y si ella se da á partido,  
 Mejor..... pero por la mala  
 A mí no me asusta nadie,  
 Porque, como no soy manca,  
 Aunque me esté mal decirlo,  
 Sé yo cruzarle la cara  
 A *cualesquiera* *endividua*,  
 Y me quedo desahogada;  
 Y si quiere más, que avise.....  
 ¿No es así como se habla?.....  
 — Sí, señora, usted me gusta  
 Por lo valiente y lo franca.....  
 Conque desembuche usted,  
 Boquita de almendra amarga.  
 — Es tocante á mi *marío*.....  
 Y á su hija de usted.....

— ¡Caramba!

— No se espante usted, señora.....  
 Yo con él estoy casada,  
 Es mi *marío*..... seis meses  
 Sin entrar estuvo en casa,  
 Y al fin entró el gran *endino*,  
 Más valiera que no entrara.....  
 Y en San Millan nos casamos  
 A las seis de la mañana,  
 Pa que usted se enteré.....

— Usted

Será la más enterada.  
 — Soy su mujer de *rial* órden  
 Y como la Iglesia manda,  
 Y si es que ya no le gusto  
 Que se cuelgue de una escarpia:  
 Pero yo tengo derecho  
 A que me baile á mí el agua;  
 Pero él no tiene vergüenza,  
 Y en viendo un palo con faldas  
 Ya le tiene usted *perdio*,  
 Sin saber lo que le pasa;  
 Y como encuentra en el mundo  
 Mujeres de poca laeha,  
 Vamos al decir, lo mismo  
 Que quien dice *verbo y gracia*.....  
 — Si lo dice usted por mí.....  
 — Usted ya á nadie le engaña.  
 — Pudiera ser.

— No señora.....

— ¡Toma! ¿Quién sabe?.....

— ¡Las ganas!

Por su hija de usted lo digo.  
 — ¡Doña Juana, está usted mala!  
 Que mi chica no se peina

Para querer á ese mándria.....  
 — Pues ella, con eso va  
 Dándose mucha importancia,  
 Y me lo han dicho la coja  
 Y el marido de la sastra,  
 Y la otra noche los vieron  
 Tomar agua de cebada.  
 — ¡Cebada!..... Vamos, señora,  
 No sabe usted con quién trata.  
 Si fuera vino, no digo,  
 Y eso lo tiene en su casa.  
 Aquí tiene usted á su esposo,  
 Digáselo usted en su cara.....  
 — ¡No lo dije! Dí, *arrastrao*.....  
 — (¡Mi parienta aquí!..... ¡Malhaya!)  
 — Voy á decir á la chica  
 Que baje..... ¡Manuela!..... ¡Baja!.....  
 Y estando aquí todos juntos,  
 Aquí las cosas se aclaran.  
 — ¡Yo tengo prisa!

— ¡Gran pillo!

No te marchas, no té marchas.  
 Todo aquí va á descubrirse,  
 Y verás la que se arma.  
 — ¡Baja, Manuela!

— ¡Ya voy!

— Se estará poniendo guapa,  
 Que hay quien enseñar no puede  
 Sin composturas la cara.

### III.

Pronto baja la muchacha,  
 Que es toda una buena moza,  
 Y mientras su madre pone  
 A un parroquiano dos copas,  
 Saluda á la *señá* Juana,  
 Que contesta desdefiosa:  
 — Tenga usted muy buenos días.....  
 ¿Se levanta usted ahora?.....  
 — ¿Y á qué viene la pregunta,  
 Señá Juaná?.....

— ¡Toma! ¡Toma!

Saber no ocupa lugar.....  
 Como está usted ojerosa  
 Y tiene *enredao* el pelo,  
 Y los ojos se le entornan.....  
 — Pues mire usted, me levanto  
 Siempre cuando me acomoda,  
 ¡Pues! porque hasta la presente  
 Nadie manda en mi *presona*.  
 Yo no tengo obligaciones  
 Como usted.

— Y á mucha honra;

Y si no hubiera en el mundo  
 Tanta *comprometeora*,  
 Una casada estaría  
 Como si fuera en la gloria,  
 Y tendría á su marido  
 Lo mismo que en la parroquia  
 Cuando le echaron el yugo,  
 A su lado, hecho una momia.....  
 Pero despues, pronto sacan  
*Tós* los piés de las alforjas,  
 Porque encuentran quien les mire,  
 Y les atienda, y les oiga.....  
 — ¿Y á mí qué me viene usted  
 A contar con esa historia?  
 — Nada, dice aquí el marido  
 Con grave aspecto y voz bronca,  
 Como aquél que está bebiendo  
 Aguardiente á todas horas;  
 Que mi mujer está mala,



Y se le mete una cosa  
En la cabeza, y la tiene,  
Por lo dura y lo redonda,  
Como una bola del puente  
Que nombramos de Segovia,  
Y no hay más.....

— Vamós, en plata,  
Que está la niña celosa.

— Justo, y piensa que tú y éste.....

— ¿De verás?... ¡Vaya una broma!...

Usted habrá almorzado fuerte,

Doña Juana ó doña Noña.....

— Pues di, grandísimo pillo,

¿No has convidao á la señora?.....

— ¡Yo!..... Que te salga un divieso

En el cielo de la boca

Si he pagado yo á esta jóven

Ni el valor de media copa.

— Eso es verdad, señor lila,

Que usted, todo lo que toma

Lo deja á deber en casa.

— A mí no se me abochorna,

Señá Petra, y ya usted sabe

Que siempre tengo una onza

Para en cualquier compromiso

Quedar como corresponda,

Pero no he de ir á cambiarla

Pa pagar dos ó tres copas.

— ¡Qué! ¿Tambien eres tramposo?...

Pues me has salido una joya.....

Pero, en fin, y *úrtimamente*,

Soy tu mujer en *presona*,

Y si quieres beber vino,

Que *no es ninguna deshonra*,

A tu mujer se lo dices,

Y tu mujer te lo compra,

Que yo siempre tengo un duro

Pa lo que pida tu boca;

Pero á esta taberna, tú

No me has de volver.....

— Señora,

Aquí no nos le comemos,

Que es una casa de forma,

Y el que entra está muy *honrao*.

— Es que á mí no me acomoda,

¿Lo entiende usted?..... y mi *marido*

Hace lo que me se antoja,

O se lo digo á mi padre,

Y veremos si le corta

Esa cara de borrego.....

— ¿Tu padre á mí?... Tú estás loca.

— No me toques á mi padre,

Que te digo que la logras.....

— Escuche usted, doña Juana,

Lo que es á mí, no me importa

Que usted haga á su marido

Que se cuelgue de una sogá.....

Pero lo que es yo con él

No he gastado nunca bromas,

Y aunque él quisiera, conmigo

Le digo que se *equivoca*;

Si le han *dido* á usted con chismes,

Diga usted á esa *presona*

Que Manuela Palomino

Tiene novios por arrobos,

Todos solteros y libres,

Para que entre ellos escoja;

Y que ántes que hacerle cara

Al que es ya marido de otra,

Descalcita de pié y pierna

Pediría una limosna.....

— Manuela, no te rebajes,

La razon es tuya toda.

— Señá Petra, usted me falta.

— Señá Juana, usted me estorba.....

Llévese usted á su *marido*,

Cuidado no se le cojan,

Que ya se junta la gente

Y esta es una casa de honra.

— Como aquí vuelva á encontrarle,

¡Flojita va á ser la broma!

— Echa ya *palantre*, Juana,

Que te he de dar una soba.

— ¿A mí tú?..... Sí, ya lo huelo.

— ¡Anda allá, alborotadora!.....

Y echan á andar los esposos

Con mucha gente curiosa,

A la que la *señá Juana*

Increpa llena de cólera,

Y cuando á su casa llegan,

Entre risueña y llorosa,

Hace Juana á su marido

Tres ó cuatro carantoñas,

Y le dice que la pegue,

Que lo merece, que es tonta,

Pero que le quiere tanto,

Que está rabiando celosa,

Y que pasa unas fatigas

Muy grandes quedando sola

Cuando él sale por las noches

Embozado en la pañosa.....

Y él, que no es ninguna fiera,

Ni tiene el alma de roca,

Se ablanda, y acaba todo

Yendo á comer á la fonda,

Es decir, al merendero

De la señora Ramona,

Que para componer callos

Tiene manos primorosas,

Y guisa unos caracoles.

Con un aquél y una *moda*,

Que el que no los ha comido

No sabe qué es comer gloria.

CÁRLOS FRONTAURA.

## CARNAVALES DE 1797 Y 1799.

### FIESTAS DRAMÁTICAS EN CASA DE LOS DUQUES DE HÍJAR.

Aunque la época á que me refiero, segun veis por el primer título de la presente reseña, no era ya de las más tranquilas y felices para España; aunque el horizonte político habia empezado á ennegrecerse con densos nubarrones que encerraban en su seno la desecha tormenta, que habia de estallar más tarde con el nombre de guerra de la Independencia, aún pensaba la gente en divertirse.

Cárlos IV, el amado y paciente monarca español, cazaba en los bosques de Riofrio y en los sotos del Escorial: el poderoso valido D. Manuel Godoy, Príncipe de la Paz á consecuencia de la paz estipulada con el gobierno frances en 1795, de la cual no salieron los españoles de aquel tiempo muy bien librados, se divertia tambien en las reuniones que daba en su casa-palacio, en las que, segun las crónicas de la época, alternaban con personajes de valía otros, que ni eran personajes, ni tenian grandes títulos para disfrutar semejante honor.

El pueblo, aunque empezaba á reconocer su derecho de murmurar, no habia levantado aún el flamígero pendon de sus iras, y aprovechaba las fiestas de Carnaval para esparcir su decaído ánimo.

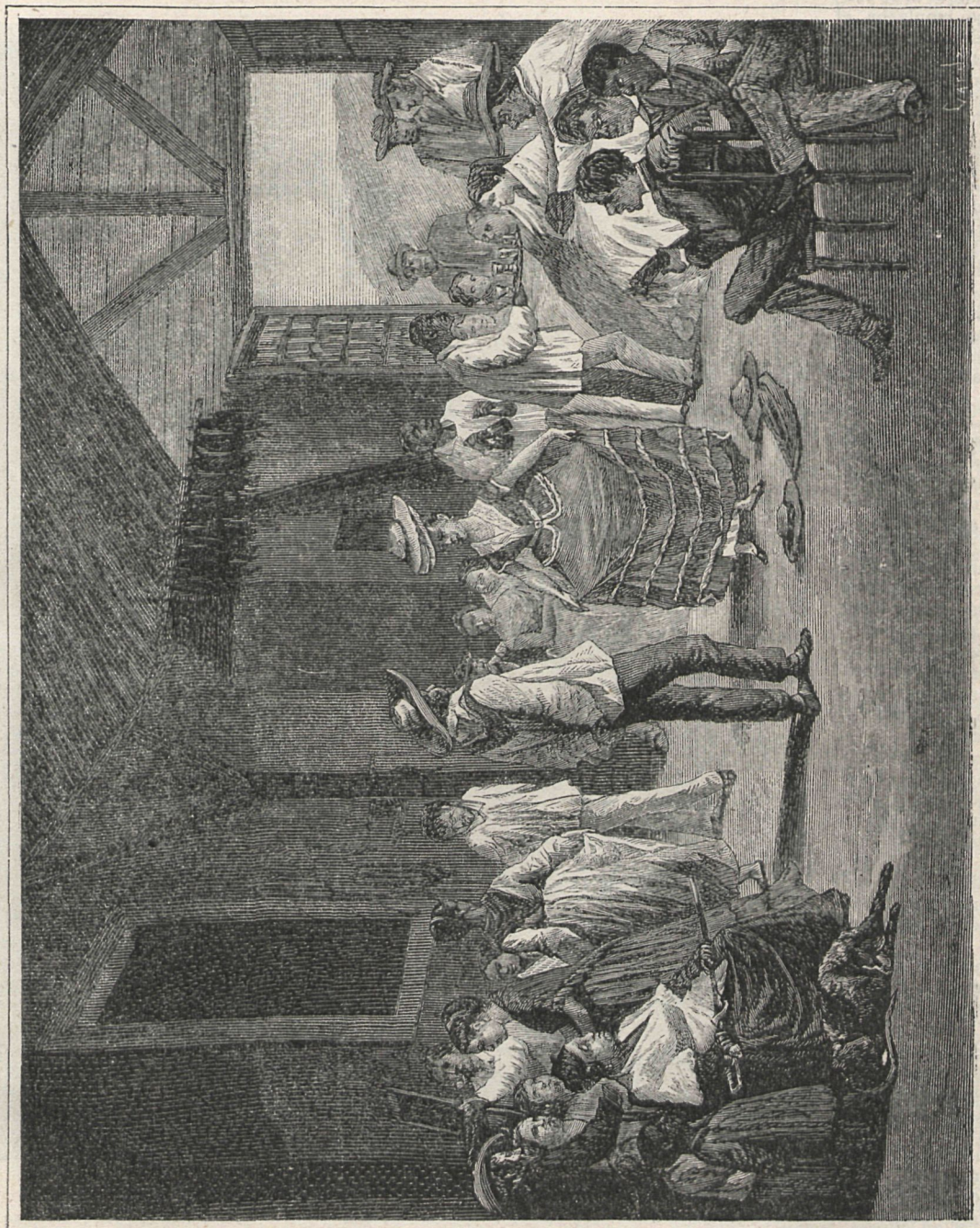
Es decir, que todo el mundo se divertia: el rey, los magnates y la plebe; los optimistas creian de buena fe que en



la corte de las Españas no se podía vivir mejor y con más tranquilidad; en cambio los pesimistas formaban los más lúgubres augurios para el porvenir.

El bien y el mal son relativos: ¿quién sabe si estas dos clases de españoles tenían razón?

Preciso es confesar que las fiestas de Carrestolendas se solemnizaban mejor en aquella época, por lo mismo que la licencia tenía una cortapisa, y estaban desprovistas de ese aire cancanesco con que en el día se nos dan á conocer.



CUBA.—EL GUATEQUE, BAILE DE CAMPESINOS BLANCOS.

De día las gentes de buen humor ¡embromaban á sus amigos en las calles, ostentando disfraces ménos extravagantes que hoy, y una alegría más respetuosa y ménos desenfadada.

De noche se reunían á bailar en casas particulares danzas no intervenidas por la autoridad, en las cuales casi nunca se provocaba un lance, y si se bautizaban con ron y con champagne, las consecuencias no solían ser tan rui-

dosas, ni alcanzaban tampoco hasta algunos asilos de beneficencia. De todo lo cual se deduce que el Carnaval ha perdido su primitivo carácter entre nosotros. Hoy se *distingue* más, pero vale mucho ménos.

De aquí podeis deducir las consecuencias que más os acomoden.

Los aficionados al lujo no habían descubierto aún los *bailes de trajes*; nadie hablaba de ciertos *travestissements*,



que han alcanzado gran boga entre nosotros, bajo los pintorescos nombres de *noche estrellada*, *aurora boreal*, *camastillo de flores*, etc., los cuales indican disfraces inverosímiles.

No en todas las casas de la nobleza se bailaba; en algunas, aunque muy contadas, se empleaba el tiempo de otra manera más reposada.

Por eso quiero hablaros del mártir de Carnaval de 1797.

Los curiosos ó desocupados que á primera hora de aquella noche hubieran pasado por la Carrera de San Jerónimo, donde hasta hace pocos años estaba situado el antiguo palacio de los duques de Híjar, hubieran visto gran afluencia de literas, sillas de mano y lacayos en los alrededores de quella vasta y opulenta morada.

Por los intersticios de los cerrados balcones se veían líneas de luz producida por las velas de cera que en arañas, candelabros y cornucopias iluminaban los grandes y bien decorados salones.

Esto les hubiera dado idea de la fiesta; por la conversacion que mantenían los lacayos unos con otros se hubieran enterado de lo que pasaba ó iba á pasar.

Los lacayos han sido siempre los mismos en todas épocas; ayer para ahuyentar el frío se soplaban las uñas en los zaguanes de las casas donde había algun *sarao*, y para desentumecer la lengua murmuraban.

Hoy también se soplan los dedos y toman café á cuarto la taza; en esto ha habido algun progreso; no sé si se lo agradecerá su estómago.

En lo que no han cambiado nada es en lo de la murmuración.

Volvamos á la Carrera de San Jerónimo.

Todo lo más florido de la Corte de Carlos IV pululaba en los salones de que acabo de hablar: nobles, magnates, altos dignatarios, damas encopetadas y algun artista, que entónces no tenían tanto acceso en las moradas de los grandes, discurrían alegremente por todas partes; no había allí disfraces ni caretas, porque no se trataba de una fiesta de Carnaval, sino más bien de una solemnidad trágico-literaria.

Digo solemnidad, no por el mérito de la cosa, sino por-

que entónces era raro un espectáculo, que hoy es moneda corriente en los salones aristocráticos; solemnidad también, porque el héroe de la fiesta no era un autor cualquiera.

Se trataba de la representación de una tragedia en verso,



LOS NIÑOS COMPASIVOS.—Lámina del periódico LOS NIÑOS.

escrita por el Duque de Aliaga, primogénito del de Híjar.

Ya en 1795, y según confesion propia, el distinguido poeta *había tenido la satisfaccion de ver representar, con primor nada comun, en casa del Excelentísimo Señor Príncipe de Maserano una pieza cómica, que fué su primera composicion.*

Posteriormente, y á instancias de una dama, doña Matilde Galvez y Minutolo, que fué luégo su esposa, se ar-



riesgó de nuevo, é intentó colocar su nombre entre los poetas dramáticos, escribiendo la tragedia titulada *Mahomet segundo ó El Fanatismo de la gloria*, en cinco actos, que era la que se estrenaba aquella noche, mártes de Carnaval de 1797, en el palacio de su padre.

Segun un ejemplar impreso en 1797 en la oficina de don Benito Cano, tomaron parte en la ejecucion, el Sr. Mariscal de Castilla, doña Matilde Galvez Minutolo, esposa del autor; la Duquesa de Liria, el autor, Sr. Duque de Aliaga; D. José de Silva y Palafox, el Duque del Infantado, el Conde de Cerbellon, el Marqués de Salas, D. Juan Francisco Regis de Castro y Orozco, D. Manuel de Toledo y Salm Salm, y D. Juan Nepomuceno Rosales.

Los actores, á falta de inspiracion, que ignoro si la tenían, contaban con muchos y buenos pergaminos: ya se comprenderá que en esta última circunstancia el público podia competir con aquéllos.

La obra fué puesta con extraordinario lujo de trajes y decoraciones.

En algo se habia de conocer la alcurnia del empresario y del autor.

Terminada la representacion de la tragedia, se ejecutó una pieza italiana titulada *El Sueño*, en la cual cantaron la señora de la casa, Mariscala de Castilla, la Duquesa de Aliaga y D. Federico Moretti; la música era del maestro D. Vicente Martin.

En el dia hubiera parecido bastante funcion para una *soirée*, como hoy decimos, una tragedia en cinco actos y una pieza.

Sin embargo, aquella reunion debia ser ávida de espectáculos, y haber dejado el autor muy buenos recuerdos con sus versos, porque despues aún se puso en escena otra pieza del mismo, titulada: *La Noche de las aventuras ó El Hidalgo de la Espernada*, en la que tomaron parte, ademas de los actores ya mencionados, doña Raimunda Muruzabal, D. Ramon de Chaves y D. Simon Eugenio del Valle.

Debemos presumir que aquella funcion, empezada en mártes de Carnaval, concluiria en miércoles de Ceniza.

Dos años despues se repetia aquella fiesta; al mismo autor le esperaban iguales lauros, igual cosecha de aplausos para los mismos actores.

Otra nueva tragedia en cuatro actos, titulada *Las Troyanas*, reunia en los dorados

salones del magnate casi al mismo público, dispuesto á aplaudir, puesto que ya sabia lo que su poeta era capaz de hacer.

El mérito literario de ambas obras es casi el mismo; sin embargo, yo doy la preferencia á la primera.

Aquellas reuniones no tenían por único pretexto el Carnaval; la fiesta solia empezar más temprano, desde por la mañana.

Sabido es que los duques de Híjar, condes tambien de



TIPOS DE CUBA.—LA TOILETTE PARA EL SARAO.

La obra, bien versificada en lo general, adolece de difusa y algo pesada; pobre de accion, creo que bien pudo el autor reducir á cuatro el número de actos.

Pero tambien debo confesar que los aplausos que resonaron aquella noche bajo los artesonados del salon, donde se habia levantado un bonito teatro, fueron justos, tomando en ellos parte ménos la galantería que el entusiasmo.

Entónces, y aún hoy, no era muy comun que el hijo de un grande de España se dedicase á trabajos de aquella índole.



Rivadeo, por este título tenían el privilegio de usar el traje que vestía el Rey el día de la Epifanía, en conmemoración de un hecho glorioso llevado á cabo en igual fecha por Rodrigo de Villandrando, fundador de aquella casa.

Este privilegio ha venido llenándose hasta los últimos tiempos de la monarquía en España.

En la época á que me refiero solía remitirse dicho traje en uno de los días de Carnaval, con gran acompañamiento de alabarderos, criados y coches de respeto.

El Duque invitaba á gran número de personas para que presenciasen la ceremonia, y con este motivo se hacían las invitaciones para la función de la noche.

Loable era, en verdad, que algunos individuos de la grandeza empleasen sus ocios de aquella manera, mucho más cuando nuestro teatro estaba entonces en tan completa decadencia, y siempre era un consuelo para el arte ver que en medio de las ruinas que por doquier le cercaban, hubiera aún personas que le rendían culto, prefiriendo una representación teatral á la parte coreográfica, que siempre ha sido el pretexto y la consecuencia de las Carnestolendas.

Es verdad que hoy varios salones aristocráticos imitan aquel noble ejemplo, y repitiendo lo dicho, veo que no en todas partes se baila, con perdón del Carnaval moderno, que, fuerza es conocerlo, arrastra una existencia lánguida, por más que la interrumpen histéricas carcajadas.

Quitémosle la careta al Carnaval de hoy y resultará un esqueleto, mientras que tras el antifaz del de ayer vemos alguna broma galante y un ramillete de flores.

A otro tiempo otras costumbres: al *minué* de ayer el *can-can* de hoy, con acompañamiento de excesos y botellas de Champagne.

Volviendo á la fiesta dramática del palacio de Híjar, se me ocurre una idea.

Aquella aristocrática sociedad de actores y público, congregada allí en 1797 y 1799, no pensaría en que al cabo de setenta y cinco años había de tener un revistero, un cronista de fiesta, por más que hasta mí hayan llegado pocos detalles.

En aquella época no había periódicos que dedicasen una ó dos columnas á este objeto. Las noticias se trasmitían verbalmente de unos á otros, siendo por consecuencia menor el número de los que las sabían y más tiempo el que tardaban en comunicarse.

¡Sería curioso que hoy existiera alguno de los concurrentes á la fiesta, alguna de aquellas encopetadas damas, y que llegase á leer esta revista!

Seguramente que no la tacharía de injusta, ni por apasionada ni por poco veraz.

He dicho no más que lo que ha llegado á mis oídos; he leído ambas tragedias, formando mi juicio sobre ellas, y ya debéis presumir que en mí no han influido sugerencias de los invitados á la fiesta, que probablemente todos ellos estarán hoy gozando de Dios.

RICARDO SOLÁNS.

## LA CASUALIDAD.

### I.

Eran frecuentes mis escapatorias de la villa á la aldea natal, adonde me estaban siempre llamando la familia, los amigos, los recuerdos de la niñez y mi afición á la vida campesina.

Llegué á la aldea al anoecer de un día de invierno, y como llegase cansado y hacía frío y la noche era oscura, me instalé inmediatamente junto al hogar, y siguiendo el consejo de mi padre y mis hermanos, reservé para la mañana siguiente la visita á los amigos y compañeros de la

infancia, á pesar de lo muy grata que me era siempre esta visita y de mi impaciencia por hacerla.

Algunos amigos míos, menos egoistas y no más descansados que yo, pues habían pasado el día trabajando en sus heredades, arrojaron el cansancio y el frío y la oscuridad, para ir á verme tan pronto como supieron mi llegada.

Con tal motivo, aquella noche había gran tertulia en casa. Mis sobrinillos, que ordinariamente se acostaban al anoecer con un huevo ó una taza de leche casi todas las veces, y las demás con la añadidura de un azote que les daba su madre con toda la suavidad que permitía el caso, para corregir las *mañas* en que incurrian cuando el sueño les rondaba, estaban aquella noche deshabilitadísimos, y todas las amenazas de su madre de que haría y acontecería con ellos si no se iban á acostar, eran inútiles, pues poniéndose bajo la salvaguardia del tío y del abuelo, las desafiaban valerosamente.

Mis sobrinillos, que no tenían pelo de tontos, sabían muy bien que todo no había de ser aquella noche hablar de parejas de bueyes, de layadas, de veneras, de roturas, de calero, de si el trigo tenía ó no buena pinta, de si el hijo de Fulano iba á América y de si el hijo de Mengano que había ido Lacia dos años, había mandado ya á sus padres tantas ó cuantas onzas de oro. Todo esto les interesaba muy poco: lo que les interesaba era que se contase algún cuento ó cosa parecida, y sabían muy bien que al fin el cuento ó sucedido había de venir á amenizar la conversacion. Su tío gustaba de cosas para ellos nada amenas, pero gustaba también de cosas que oían embobados, y lo que se desvivían por complacerle y obsequiarle siempre que iba á la aldea, no omitían nunca entre sus obsequios algún cuento ó narracion, que si no era cuento, lo parecía.

Recayó la conversacion sobre si lo que ocurría en el mundo, sin intervenir en ello la voluntad del hombre, era todo obra de la voluntad de Dios ó era en parte obra de la casualidad.

La opinion general fué que todo era obra de la voluntad de Dios; pero no faltó quien se obstinase en sostener la opinion contraria, es decir, que si bien Dios tiene poder para hacer que sucedan ó dejen de suceder todas las cosas, muchas veces no hace uso de su poder en pro ni en contra, y lo que sucede es puramente obra de la casualidad.

El que sostenía esta opinion era un tal Ciscorro (ó Franciscon) cuya terquedad venía de familia, y pues ya su abuelo y su padre fueron conocidos con el apodo de Cabezudos que el mismo Ciscorro había heredado merecidísimamente.

Mi padre no era un sabio ni mucho ménos, ni tenía pretensiones de competir en sabiduría con su hijo, que es cuanto se puede decir para encarecer su modestia; pero siempre había tenido, y conservaba aún, entendimiento claro, juicio recto y espíritu observador, y había vivido mucho, como que era ya casi octogenario.

—Yo creo firmemente, dijo mi padre, que todo lo que sucede en el mundo es obra deliberada de la voluntad de Dios que ha tenido su razon para hacerlo, aun cuando nosotros no comprendamos por qué lo ha hecho. Una vez iba yo con el carro á traer castañas de los castañares de Sopena. El día y la noche anteriores había llovido á mares, como que el agua se había llevado las presas de Lacilla y Labarrieta, y de resultas de aquel diluvio, todo era *derroñadas* (1). Iba yo montado en mi carro, y de repente se pararon los bueyes en un sitio donde la carretera no tenía más ancho que el del carro, y salir de ella é ir rodando hasta el río, todo era uno. Arreo á los bueyes, pero por más que tiraban, no daban un paso adelante. Miró á la rodada y me encuentro con que el obstáculo con que tro-

(1) Hundimientos ó arrastres de terrenos.